

MARTÍN VISO, Iñaki. *Las miradas y las prácticas. Perspectivas sobre los paisajes rurales del occidente medieval*. Cádiz: Editorial Universidad de Cádiz, 2025. 232 pp. ISBN: 978-84-9828-978-7.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/63jah613>

El paisaje ha adquirido un protagonismo creciente en los estudios sobre la Edad Media desde mediados del siglo XX. Las formulaciones más tempranas de la historia rural francesa –orientadas a explicar las estructuras agrarias desde el análisis del paisaje– y los enfoques desarrollados por la tradición británica, –caracterizados por una atención prioritaria a la escala local y comunitaria– han favorecido que a partir de la segunda mitad del siglo XX, el paisaje se consolide como un espacio privilegiado de investigación, capaz de abrir nuevas vías interpretativas para aproximarse a la historia rural medieval y, de manera particular, a las miradas, experiencias y prácticas de los distintos grupos sociales que contribuyeron a su configuración. En este sentido, el análisis del paisaje ha permitido acceder a colectivos escasamente representados en la documentación escrita, cuyos rastros se conservan, no obstante, en la materialidad, la organización y los usos del territorio.

Esta línea de investigación se ha visto significativamente enriquecida en las últimas décadas, a medida que el estudio del paisaje ha evolucionado desde su consideración inicial como mero soporte físico o escenario de las actividades humanas, –estrechamente condicionado por factores geográficos–, hacia planteamientos más complejos influidos por la fenomenología y por el “giro ontológico”. La incorporación de la fenomenología ha supuesto un desplazamiento conceptual relevante, al concebir el paisaje como una configuración relacional de lugares, trayectorias, memorias y cuerpos en movimiento, poniendo el acento en la experiencia y en las prácticas cotidianas de quienes lo habitaban y recorrían. Por su parte, el giro ontológico ha cuestionado la idea de un único mundo natural interpretado de maneras diversas por distintas culturas, para defender la existencia de múltiples mundos o realidades ontológicas, en los que el paisaje no se limita a ser percibido, sino que es activamente producido desde

marcos relacionales específicos. Se trata, en consecuencia, de la interpretación del paisaje en permanente transformación, en el que sus elementos constitutivos –parcelarios, infraestructuras, sistemas de explotación, formas de poblamiento– funcionan como depósitos de información histórica, ofreciendo múltiples claves para reconstruir las dinámicas de los paisajes rurales medievales.

Desde este marco teórico Iñaki Martín Viso plantea la aproximación a los paisajes rurales del Occidente medieval en el libro *Las miradas y las prácticas* –publicado en la colección de la Universidad de Cádiz POLIÉDRICA. Paisaje y cultura–, una obra en la que el autor plasma una dilatada trayectoria de investigación dedicada al estudio de los paisajes medievales. Esta experiencia acumulada le permite diversificar temáticas y escalas de análisis desde las que aproximarse a las percepciones del paisaje, partiendo de un interrogante central que atraviesa el conjunto del libro: en qué medida el estudio de los paisajes del pasado puede resultar útil para abordar algunos de los principales desafíos que enfrentan los paisajes en el presente.

El volumen se estructura en siete capítulos que proponen una aproximación a las prácticas cotidianas de las comunidades locales en el territorio, entendidas como generadoras de experiencias que contribuyen activamente a la construcción del paisaje. La obra pone así el acento en una lectura del paisaje desde el punto de vista de las comunidades locales, en sintonía con una línea de trabajos recientes –especialmente en la historiografía anglosajona– que ha centrado su atención en las percepciones y prácticas de aquellos grupos socialmente invisibilizados en las fuentes escritas, pero accesibles a través de una lectura renovada y sensible del territorio. Cada capítulo aborda una temática específica a partir del análisis de distintos espacios del Occidente medieval, lo que permite, por un lado, captar la diversidad de respuestas locales ante problemas comunes y, por otro, identificar la existencia de lazos de conexión y patrones compartidos en la sociedad medieval occidental. Aunque el arco cronológico abarca el conjunto de la Edad Media, el énfasis de algunas temáticas se focaliza especialmente en la Alta Edad Media, en coherencia con la línea de investigación de largo recorrido desarrollada por el autor.

El primer capítulo está dedicado a la exposición del marco teórico de la investigación, con especial atención a la definición de paisaje adoptada y a los objetivos que orientan la obra. El paisaje se concibe como un producto histórico resultante de la relación entre los grupos humanos y un territorio determinado, mediada por la gestión colectiva de los recursos y regulada por

normas socialmente construidas por las propias comunidades, normas que varían y se redefinen a lo largo del tiempo. Desde esta perspectiva, el paisaje es entendido como una construcción social compleja, en continua transformación, atravesada por tensiones, negociaciones y conflictos entre grupos con percepciones e intereses diversos, que se superponen y se reconfiguran dinámicamente a lo largo de la historia. Sin dejar de reconocer la relevancia de los estudios medioambientales, el autor centra su atención en las percepciones, la memoria y las identidades, así como en el paisaje concebido como escenario de formas específicas de relación con el entorno. En este sentido, adopta de manera explícita los presupuestos de la fenomenología del paisaje y pone el acento en la mirada desde lo local, entendiendo que es desde esa escala desde donde se construyen y adquieren sentido los paisajes medievales.

En estrecha continuidad con este planteamiento, el segundo capítulo profundiza en el concepto de memoria social, entendida como una forma de memoria colectiva construida en el seno de los grupos humanos a partir de prácticas, narrativas, usos y significados que permiten a las comunidades reconocer, reproducir y negociar su pasado a través del territorio que habitan. La memoria no se concibe aquí únicamente como un recuerdo inmaterial, sino como un proceso que se materializa en el paisaje y se ancla en determinados lugares dotados de especial relevancia para el colectivo. El análisis se centra, en este caso, en las geografías funerarias, a partir de la interpretación de los espacios de enterramiento como verdaderos lugares de memoria que contribuyeron a fijar y reforzar la presencia de las comunidades en el paisaje. Así, se examinan tanto los enterramientos de la Edad del Bronce, constituidos como hitos significativos del territorio, como las necrópolis altomedievales, que adquieren un papel fundamental en la delimitación espacial, y el progresivo protagonismo de las parroquias a partir de la Plena Edad Media. El estudio atiende asimismo a los modos de nombrar y recordar el territorio mediante la toponimia y la memoria de los límites, poniendo de relieve los procesos de construcción de las territorialidades medievales a través de la participación de las poblaciones locales, a menudo articuladas mediante prácticas y acciones ritualizadas.

El tercer capítulo se centra en los procesos de creación y fijación de límites, entendidos como una de las prácticas más relevantes en la construcción de territorialidades por parte de las comunidades. Estos límites se configuran tanto a través de elementos físicos como, de manera fundamental, mediante la memoria colectiva, que los hace reconocibles y operativos para el conjunto del grupo. Su definición y mantenimiento se

organizan a través de prácticas ritualizadas en las que participa la comunidad en su conjunto, con una especial implicación de los miembros más jóvenes, como estrategia para asegurar la transmisión intergeneracional y la fijación de los límites en la memoria social. Este proceso se intensifica a lo largo de la Edad Media en paralelo a los mecanismos de encuadramiento territorial, adquiriendo una importancia particular la delimitación de las áreas de uso colectivo y el reconocimiento social de dichos límites. De este modo, la creación de límites no se interpreta como un acto puramente administrativo, sino como un proceso social complejo en el que memoria, ritual y práctica cotidiana desempeñan un papel central en la construcción y reproducción de las territorialidades medievales.

El cuarto capítulo se dedica al análisis de los comunales, evidenciando la complejidad de los procesos de propiedad durante la Edad Media y subrayando el carácter socialmente construido de la misma. El autor insiste en la superposición de derechos de acceso y uso de los recursos, así como en el progresivo proceso de formalización y territorialización de dichos derechos a lo largo del período medieval, que desemboca en una explicitación normativa más clara en los siglos bajomedievales. Se trata, no obstante, de una regulación reconocida por los actores locales y caracterizada por una débil institucionalización, que da lugar a paisajes concebidos como propios de una comunidad. Estos paisajes se articulan en torno a lugares centrales de reunión –árboles, hitos territoriales, cruces de caminos o iglesias– que funcionan como espacios de expresión de las micropolíticas y de las identidades colectivas de las comunidades locales.

El quinto capítulo se centra en el bosque, analizado tanto como recurso económico fundamental –caza, leña, madera, pasto para cerdos, inicios de silvicultura, espacio para ampliar las áreas de pasto o cultivo– para las economías campesinas, y como espacio plural cargado de significados sociales, simbólicos –positivos y negativos– y culturales, en el que se entrelazan prácticas de explotación, normas de uso, conflictos y representaciones colectivas. La historia del bosque durante época medieval se presenta como una parte fundamental de los agrosistemas medievales en los cuales la dedicación fue cambiando en función de las necesidades de los distintos grupos sociales que sobre el bosque ejercieron su propiedad, insistiendo en línea con los comunales del capítulo anterior, en la diversidad de derechos que se anudan entorno a los bosques en los que el hecho colectivo sigue teniendo un papel fundamental.

El capítulo seis está dedicado a los paisajes políticos y los lugares centrales desde los que se planifican los territorios: desde los pequeños

territorios que son referentes para las comunidades locales y que se articulan desde abajo, en muchos casos basados en la acción colectiva y que son el escenario de las micropolíticas, hasta los modelos territoriales relacionados con la acción política emanada desde arriba, desde la autoridad real que se plasma en monumentos que jalonan los paisajes, algunos relacionados con monumentos prehistóricos dotados de un valor simbólico; en otros casos con la capacidad de construir defensas lineales como en Inglaterra, pero sobre todo por la presencia de castillos en toda Europa que se convierten en nuevos polos de poder desde los que se organiza un territorio supeditado a su jurisdicción y que son el principal reflejo de la autoridad señorial o regia. Un paisaje político que se densifica a partir del siglo XIII con la definición de la red parroquial y su relación con los obispados y las nuevas jurisdicciones que se generan en torno a los municipios de villa y ciudades que entran en conflictos con los intereses de las comunidades locales. Esta aproximación a los paisajes políticos –tanto desde lo local como desde los territorios asociados a los grandes poderes políticos– permite comprender la complejidad de estos procesos, así como la diversidad de respuestas a lo largo del Occidente Medieval.

El último capítulo, dedicado a la agrarización, revisa el complejo proceso de expansión agraria que se desarrolla en Europa entre los siglos XI y XIII, una de las problemáticas más tratadas por la historia rural. El análisis se centra en la ampliación de los espacios de cultivo y en la transformación de los agrosistemas, otorgando un papel protagonista a la acción de las comunidades locales como agentes fundamentales de este proceso. El paisaje se redefine así a partir de la adaptación complementaria entre áreas agrícolas, espacios destinados a la ganadería y la pervivencia de zonas boscosas, subrayándose una vez más uno de los ejes vertebradores de la obra: la importancia de la acción colectiva y su progresiva formalización institucional a través de las ordenanzas bajomedievales.

Una de las aportaciones más sugerentes de este capítulo reside en la reflexión sobre la progresiva transformación de la idea de naturaleza, cada vez más concebida en términos de utilidad económica, como un espacio susceptible de ser dominado y puesto al servicio de los intereses humanos. A partir de un acercamiento al pensamiento letrado medieval, el autor rastrea los orígenes de un proceso de mercantilización del paisaje y de instrumentalización de la naturaleza por parte de distintos grupos sociales, lo que implicó una forma de relación con el entorno sensiblemente distinta de la que predominaba en la Alta Edad Media.

Sin embargo, el propio autor advierte hasta qué punto la perspectiva que transmiten las obras de los intelectuales medievales –muy especialmente aquellas vinculadas a la tradición escolástica– refleja más un marco conceptual elaborado en ámbitos urbanos y letrados que el modo en que las comunidades locales pensaban, sentían y practicaban cotidianamente su relación con la naturaleza. Esta distancia obliga a preguntarse por los límites de dichas fuentes para reconstruir las formas de percepción, experiencia y apropiación del entorno por parte de las poblaciones rurales, evitando tanto lecturas presentistas como la reproducción acrítica de una mirada externa que continúa proyectando categorías modernas sobre realidades históricas profundamente distintas.

En este contexto, las aportaciones derivadas del denominado giro ontológico y, en particular, las reflexiones de Bruno Latour en torno a la necesaria recomposición de nuestra relación con la naturaleza ofrecen un marco especialmente sugerente para repensar estas cuestiones. Estas aproximaciones conectan, además, con las propuestas de la antropología del paisaje y de la *dwelling perspective* desarrollada por autores como Tim Ingold, que subrayan la dimensión procesual, vivida y temporal del paisaje, entendido como sedimentación de prácticas y memorias colectivas. Aplicadas al mundo medieval, estas herramientas teóricas abren la posibilidad de explorar cómo las comunidades locales no solo interpretaban la naturaleza, sino que la co-producían mediante sistemas agrarios, usos comunales, rituales, normativas consuetudinarias y formas de conocimiento práctico estrechamente imbricadas con el entorno.

En este sentido, la obra *Las miradas y las prácticas*, lejos de proponerse como un estudio exhaustivo, debe entenderse como una reflexión de un largo y fructífero trabajo de investigación sobre el paisaje y como una invitación a construir nuevas narrativas sobre los paisajes medievales, capaces de desplazar el foco desde los discursos normativos y eruditos hacia las ontologías prácticas de las comunidades locales. Al hacerlo, se amplían de forma significativa las vías de aproximación al estudio del paisaje, incorporando no solo su dimensión material y económica, sino también sus implicaciones relacionales, simbólicas y ontológicas.

Margarita Fernández Mier
Universidad de Oviedo
margarita.mier@uniovi.es